

do que es la Iglesia la que tiene la palabra de este culto de tiempo inmemorial a la que los fieles españoles se unieron desde el primer momento tratándose de la Octava de la Inmaculada Concepción. Prescindiendo de estos octavarios de pomposas funciones matutinas sin ejercicios marianos en sus tardes que son el brillante exponente de la primera etapa de su existencia, el octavario impreso, como dulce mentor de los devotos, como bendito auxilio de los que han de implorar la protección de la Virgen llena de gracia, es fruto tardío del siglo XVIII, pues no hemos visto ninguno, pese a nuestro afán, de fechas anteriores en las que si existieron serían muy raros y posiblemente manuscritos. De esta esterilidad, así como de la frecuencia del octavario para reverenciar a la Inmaculada, da fe esta declaración que todavía se hacía en 1885:

«Lo es asimismo (muy agradable a la Concepción Purísima) celebrar la fiesta de la Concepción y su Octava, rezando alguna oración en cada uno de los ocho días, dando alguna limosna, o haciendo alguna obra buena con esta intención, y comulgando los días que se pueda durante la Octava. Si hay alguna iglesia o capilla en la cual la Virgen Santísima sea venerada particularmente bajo el título de su Inmaculada Concepción, se visitará cada día de la Octava y se rezará alguna oración, pudiendo servir la que ponemos a continuación» (5).

La Octava se eclipsa con el esplendor y usanza de las novenas que pasamos a reseñar.

La novena es uno de los ejercicios piadosos más antiguos que, al margen de la Liturgia, brota en el jardín bellissimo de las devociones. Hay quienes afirman, investigando el origen de las novenas marianas, que uno de los primeros en practicarlas fué el

glorioso San Eloy, quien murió avanzada la primera mitad del siglo VII (6).

Su objeto principal, en cuanto que es controlado por la Iglesia, es una debida preparación para celebrar las festividades cristianas lo más dignamente posible. En cuanto al número de días de su duración, «se debe probablemente a la costumbre que existía en algunas partes de celebrar con cierta solemnidad todos los años los nueve días anteriores a Navidad, en memoria de los nueve meses que la Santísima Virgen llevó al Niño Dios en su virginal seno» (7). De lo que se infiere el singular origen mariano de esta práctica, cuya afinidad con el Misterio de la Encarnación es bien obvia.

La historia de la Novena a la Inmaculada tiene como una primera etapa en la que los devotos, faltos del libro impreso, se limitarían a seguir, en la devoción doméstica o particular, los consejos de sus directores espirituales, de los oradores sagrados y hasta de los manuales de piedad, consistentes en brindarles la realización de obsequios ascéticos en reverencia de la Celestial Señora. El 22 de agosto de 1673 se pasa la censura, y el 20 de septiembre del mismo año se concede la venia para imprimir una Novena en honor de la Inmaculada Concepción, examinada y aprobada por la misma Congregación del Santo Oficio. Sólo aparecen advertencias y consejos sin fórmula alguna. Viene luego como un período de transición en el que los fieles unirían a esos actos de mortificación algunas oraciones sueltas ya impresas con ese fin, y, por último, el dominio y apogeo completo de la práctica del novenario, tanto por la Iglesia como por los devotos en particular, que se da desde mediados del siglo XVIII. «Muy arraigado está ya entre los fieles —nos dice en 1764 don Basilio Sotomayor— el uso santo de las nove-